

¿Quién es mi prójimo?

En cierta ocasión, un experto en la ley se levantó para poner a prueba a Jesús. «Maestro», le preguntó, «¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?». «¿Qué está escrito en la Ley?», respondió. «¿Cómo la lees?». Él respondió: «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente», y «Ama a tu prójimo como a ti mismo». (Lucas 10:25-29)

Jesús se alegró. Confirmó esa respuesta diciendo: «Has respondido correctamente. Haz esto y vivirás». Pero este abogado no había terminado. «Pero quería justificarse, así que le preguntó a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”». Ahí está nuestra pregunta: ¿quién es mi prójimo?

La respuesta de Jesús es bien conocida por casi todos. Es tan rica y hermosa. "En respuesta, Jesús dijo: 'Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó cuando cayó en manos de ladrones. Lo despojaron de sus ropas, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Un sacerdote pasaba por el mismo camino y, al verlo, pasó de largo. También un levita, al llegar al lugar y verlo, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó donde estaba el hombre; y al verlo, se compadeció de él. Se acercó y le vendó las heridas, echándoles aceite y vino. Luego lo montó en su propio burro, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al posadero. 'Cuídalo', le dijo, 'y cuando regrese, te reembolsaré cualquier gasto extra que hayas hecho'.

“¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”

El experto en la ley respondió: «El que tuvo misericordia de él». Jesús le respondió: «Ve y haz tú lo mismo».

Qué maravillosa historia cuenta Jesús en respuesta a la pregunta de este hombre sobre quién podría ser su prójimo. Comienza con un problema. Un hombre viajaba por un camino empinado y peligroso, el que unía Jericó con Jerusalén. Lo asaltaron, lo robaron, lo desnudaron y lo golpearon. La Biblia dice que lo dejaron medio muerto. Llegaron un sacerdote y un levita.

Ambos eran funcionarios religiosos, predicadores. Vieron a esta pobre víctima y la Biblia dice: «Pasaron de largo». Finalmente, Jesús dice: «Pasó un samaritano».

Ahora bien, no podemos comprender adecuadamente cómo respondió el experto en la ley mientras Jesús contaba esta historia. Cuando Jesús dijo: «Y llegó un samaritano», fue como pasar los dedos por una pizarra. A esto lo llamamos la Parábola del Buen Samaritano. Para un judío, eso no solo era una contradicción, sino una fantasía. No existía el Buen Samaritano. «Este samaritano hizo todo esto: lo levantó, le echó aceite y vino, lo vendó, lo llevó al hotel y dejó dinero para su cuidado». Los judíos odiaban tanto a los samaritanos que, incluso mientras Jesús contaba la historia y preguntaba: «Díganme, ¿quién de ellos fue prójimo de esa víctima?», el abogado ni siquiera se atrevió a pronunciar la palabra «samaritano». Terminó teniendo que decir: «Bueno, supongo que fue el que tuvo misericordia de él».

Quiero que veáis en esta magnífica historia, en primer lugar, las tres perspectivas potenciales que tenemos sobre la vida.

1. Lo que es tuyo es mío y lo voy a conseguir.

¿Quiénes tenían esa perspectiva en la parábola? Los ladrones. Vieron venir a un hombre que llevaba dinero y ropa. Lo

querían, así que le dieron un golpe en la cabeza y se lo llevaron. Lo tuyo es mío y lo voy a conseguir.

Nuestro mundo está lleno de este tipo de perspectiva de vida. No voy a detenerme mucho en ello porque, como hijo de Dios, es un anatema para ti. Conozco a algunos cristianos que profesan lo contrario y actúan de esa manera, pero no muchos. Esa no es una forma correcta de vivir. Es como la historia que contó Esopo del perro que robó el trozo de carne de la carnicería. Caminó por el bosque feliz de tener su carne. Llegó a un arroyo donde vio su reflejo. Creyó ver a otro perro con otro trozo de carne. Aunque tenía más de lo que jamás podría comer, estaba celoso. Soltó su trozo de carne para arrebatar el otro trozo y terminó perdiendo ambos.

Existe una perspectiva de vida predominante en este mundo que dice: "Lo tuyo es mío y lo voy a conseguir". Pero quiero que veas especialmente la segunda perspectiva, porque es más insidiosa y peligrosa.

2. *Lo que es mío es mío y lo voy a conservar.*

Esta era la perspectiva del sacerdote y del levita. También es la perspectiva de la mayoría de la gente que conocemos. La actitud de los ladrones era condenable. La actitud del sacerdote y del levita no era encomiable, pero era comprensible. ¿No? Me resulta interesante que Jesús hable de un sacerdote y un levita, ambos religiosos. Iban de Jerusalén a Jericó para servir en el templo. El sacerdote y los levitas tenían que realizar el servicio del templo una semana al año. Tenían que cumplir con todos los deberes y preparar los sacrificios. Seguir esta ruta no era inusual, ya que Jericó no está muy lejos de Jerusalén y muchos sacerdotes vivían allí. Vieron a este hombre golpeado, sangrando y robado, pero decidieron pasar de largo.

Ahora bien, podría haber habido algo más en juego. Si un sacerdote o levita se dirigía al templo para realizar un servicio, lo último que querría era quedar impuro. Según la ley judía, tocar un cadáver lo hacía ceremonialmente impuro. Quizás tenían prisa por un trabajo importante que hacer. Incluso podrían haber considerado el riesgo de quedar ceremonialmente impuro. Este hombre podría estar muerto o morir en mis manos. Así que, en lugar de arriesgarse a quedar impuros, siguieron su camino. «Lo mío es mío y lo voy a conservar».

Bueno, amigos, bajemos de nuestros pedestales. Quiero decirles que todas esas razones me parecen lógicas, a menos que yo sea el que está en la cuneta. Entonces, ninguna tiene sentido. Pero siendo sinceros, esta actitud de "lo mío es mío y me lo voy a quedar" nos describe a la mayoría, la mayor parte del tiempo.

3. *Lo que es mío es tuyo y te lo voy a dar.*

El samaritano se detuvo, sintió compasión, ayudó, se esforzó al máximo y cumplió. Esta última es la actitud y la perspectiva que estamos llamados a tener. «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Lo mío es tuyo, y te lo daré.

Pero espera un momento, el experto en la ley dice: "¿Dónde trazas el límite? Es decir, no puedes amar a todos, en todas partes, con todo tu amor. ¿Hasta dónde tienes que llegar en este asunto del prójimo?". Buscando justificarse, preguntó: "¿Quién es mi prójimo?". Verás, la única manera en que podía justificarse era limitando de alguna manera esta ley. ¿Quién es el prójimo al que se supone que debo amar? Entonces Jesús expuso la premisa de toda la parábola. Sé que amas y aprecias la historia, pero realmente quiero asegurarme de que entiendas la esencia. El hombre preguntó: "¿Quién es mi prójimo?". Jesús respondió con otra pregunta. Dijo que la

pregunta no es quién es tu prójimo, sino quién es el prójimo de tu prójimo. Jesús dijo que la pregunta que te hago es: "¿Estás dispuesto a ser prójimo de tu prójimo?". ¿Estás dispuesto a amar incluso a la persona más desagradable? Como un samaritano que ama a un judío o viceversa. O tal vez amar al drogadicto que te ha mentido y robado. Tú o quizás amas al tipo que llega con un coche destartado y lleno de basura, buscando limosna. En el fondo, sientes que intenta aprovecharse de ti.

¿Estás dispuesto a amar a la persona de diferente color de piel? ¿Estás dispuesto a amar a la persona con creencias diferentes a las tuyas? ¿De verdad estás dispuesto a amar a alguien con opiniones firmes que difieren de las tuyas? ¿Estás dispuesto a amar al hombre con SIDA? ¿Estás dispuesto a amar a un ladrón? Como ese samaritano, ¿estás dispuesto a amar a alguien que te odia? Son preguntas muy difíciles. Verás, no creo que solo el abogado necesitara justificarse, ¿verdad? A decir verdad, si examinamos la mayoría de nuestras actividades diarias, podríamos preguntarnos: "¿Quién es mi prójimo?".

De hecho, quizás te estés preguntando ahora mismo: "¿Cómo se hace eso?". ¿Es solo un ideal descabellado? ¿Es una de esas obviedades morales que nadie practica pero que suenan bien al predicarlas? ¿Es como un espejismo? No lo creo. Creo que es real, y creo que es posible, y creo que cada día que crecemos en Cristo podemos amar al prójimo como a nosotros mismos. Pero para lograrlo, tenemos que ver esta parábola con todo su significado. Esta parábola es más que una historia. Es una imagen. Creo que es una imagen de nosotros. Recuerda que detrás de cada parábola hay un significado espiritual oculto para quienes estén dispuestos a recibirlo. Creo que Jesús quería que su abogado viera esta parábola como una imagen de él ante Dios, y quiere que nosotros veamos lo mismo.

¿Quién eres en la historia? ¿Quién eres? ¿Eres el ladrón? Espero que no. ¿Eres el sacerdote? ¿Eres el levita? Di la verdad. ¿De verdad crees que eres el buen samaritano? ¿Eso caracteriza tu vida mientras conduces por la carretera todos los días? ¿Sabes quién eres? Eres el tipo asaltado en la cuneta. Eres el que está al lado del camino después de haber sido atacado por Satanás. Él te ha golpeado con el pecado y vas a morir allí a menos que alguien venga y te rescate. Todas las cosas que creemos que nos sacarán de la cuneta, como nuestro dinero, nuestra inteligencia, nuestra buena apariencia y nuestros logros, nos pasarán de largo y nos dejarán allí mismo en la cuneta. ¿Sabes lo que necesitamos? Necesitamos un samaritano. Por cierto, ¿sabes quién es realmente el samaritano de la parábola? Solo piensa un minuto. ¿Quién es el despreciado, rechazado y odiado que aún se inclina para salvar a la humanidad moribunda? Así es, es Jesús.

La clave para ser más como ese buen samaritano y despertar una nueva actitud de compasión en nuestros corazones: es verte en la zanja, muriendo o muerto si Dios no te hubiera rescatado. Ese abogado judío no podía verse allí. Veía a las personas como la mayoría de nosotros. Las dividió en dos listas: a) aquellos con quienes soy mejor y b) aquellos con quienes soy peor. La lista de aquellos con quienes soy mejor es bastante corta. Casi todas las encuestas de Gallup muestran que la mayoría de los estadounidenses creen que van al cielo. Cuando se les pregunta por qué, la respuesta número uno, con diferencia, es: "Bueno, soy una buena persona". Verán, en Estados Unidos no creemos necesitar un Salvador, ni una cruz ni la sangre expiatoria de Cristo. Solo necesito saber que soy mejor que la mayoría de la gente y me he convencido de ello. Eso está en lo más profundo de nuestro ser.

La razón por la que nos cuesta ser prójimos de nuestro prójimo es porque no vemos nuestra semejanza en esa zanja. No

podemos comprender que Dios nos vea indefensos, sangrando, moribundos y necesitados de rescate. Nunca tendremos un corazón compasivo hasta que respondamos al corazón que deja de latir por nosotros.

Simón, el fariseo, invitó a Jesús a cenar una noche. Simón era un hombre decente, dio una fiesta decente, hizo todo lo que correspondía, pero entró una mujer de la calle. Cuando digo que era una mujer de la calle, no me refiero a que viviera allí, sino a que trabajaba allí, y ya saben a qué me refiero. Lo primero que hizo fue irrumpir en la fiesta, lo cual fue inapropiado. Luego se soltó el pelo, lo cual también fue inapropiado. Dio un espectáculo delante de Jesús, lo cual fue inapropiado. Simón pensó que si este hombre fuera profeta, no toleraría tanta indecencia. (Lucas 7)

Jesús, conociendo su corazón, le dijo: «Simón, quiero contarte una historia». Simón le respondió: «Cuéntame, maestro».

Dijo: "Había una vez dos hombres que le debían dinero a un prestamista. Uno de ellos le debía dinero a un prestamista. 500 denarios y uno de ellos debía 50 denarios. El prestamista perdonó a ambos. Jesús dijo:

«Simón, déjame preguntarte algo: ¿quién crees que era el que más amaba al prestamista?».

Simón respondió: «Bueno, supongo que era el que más le debía». Jesús dijo: «Así es». Dijo: «Simón, cuando entré en tu casa, no me lavaste los pies. Pero ella me los ha estado lavando con sus lágrimas. Cuando entré en tu casa, no me diste un beso (eso era una señal de hospitalidad); ella no ha dejado de besarme los pies. Cuando entré en tu casa, no me ungiste la cabeza. Me ha ungido los pies con perfume». Dijo: «Simón, ella me ama mucho porque mucho le ha sido perdonado». Entonces le dio un golpe a Simón. Dijo: «Pero al que poco se le ha perdonado, poco ama». ¡Eso es!

Si pudiera traducir eso a nuestra parábola del Buen Samaritano, quien cree que nunca ha estado en la cuneta, saca muy pocos provechos de ella. Si alguna vez nos vemos como el hombre en la cuneta, entonces esto se convierte en algo más que una pequeña y simpática parábola que nos motivará durante una hora después de la iglesia a hacer algo bueno por alguien. Si alguna vez nos vemos en la cuneta, esto se convierte en un patrón para toda la vida.

Hay tres formas que cambian toda tu perspectiva.

1. Ya no ves enemigos, ves víctimas del enemigo..
2. No hay problemas, pero sí gente con problemas.
3. Ya no sientes lástima, sino compasión.. La compasión es mirar al hombre en la cuneta y decir: «Me alegro de no ser yo el que está en esa cuneta». Pero la compasión es mirar al hombre en esa cuneta y decir: «He estado allí y podría seguir estando allí ahora mismo si no fuera por la gracia de Dios». Solo cuando nos veamos como un hombre al borde del camino, nos convertiremos en ministros de misericordia.

No basta con presionar a la gente para que diga: "Salgan y ayuden. Salgan y ayuden. Salgan y ayuden". Puedes hacerlo, pero solo por tiempo limitado. Pero cuando mi corazón se transforma radicalmente, sabiendo que Jesús fue el samaritano que me sacó del atolladero, viviré el resto de mi vida buscando manos a las que pueda tender la mano. Amigos, he descubierto que es cierto que las manos pueden hacer cosas buenas sin que el corazón se convierta, no muchas, sino pocas. Pero cuando el corazón se convierte genuinamente, las manos siempre ayudan.

Al concluir esta historia, Jesús dijo: «Salgan y ____ ¿qué también?». ¿Dijo: «Salgan y prediquen también»? «Salgan y piensen también»? «Salgan y memoricen también»? Dijo: «Salgan y HAZ también».

Escuché la historia de una anciana que quedó atrapada bajo un paso subterráneo durante una inundación repentina. El agua había entrado por las puertas. Era mayor y tenía demasiado miedo de meterse en el agua, que le habría llegado hasta los muslos; podría haberla arrastrado. Estaba temblando. Un hombre pasaba por el paso elevado en un gran todoterreno y, al mirar hacia abajo, la vio. Se detuvo, aparcó, salió del coche y miró hacia allá. Pudo verla paralizada. Le dijo: «Señora, ¿puedo ayudarla?». Y me encantó su respuesta. Temblando, dijo: «Desde allí arriba no». Quiero decirles algo: Dios no quiere que ayudemos a la gente desde aquí arriba. Dios quiere que ayudemos a la gente en la cuneta porque hemos pasado por eso.

Una de las cosas que ha permanecido en mi mente casi toda mi vida es la escena del juicio en Mateo 25. ¿Recuerdan la parábola de las ovejas y las cabras? ¿Cómo las ovejas van a la derecha y las cabras a la izquierda? Él les dirá a las ovejas: «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, estuve enfermo y en la cárcel y vinisteis a visitarme». Les dirá a las cabras: «Yo fui todo esto y no hicisteis nada». Luego les dirá a las de la derecha: «Entrad, benditos del Padre», pero a las de la izquierda: «Apartaos de mí».

Me intrigan muchas cosas que consideramos particularmente importantes y que Él ni siquiera mencionó. No dice ni una palabra sobre asistir a la iglesia, ¿verdad? No dice ni una palabra sobre la doctrina. No dice ni una sola palabra sobre nuestra vestimenta. No me malinterpreten, no digo que todas esas cosas no sean importantes, en particular las dos primeras. Si me conocen un poco, saben que las considero extremadamente importantes. Lo primero que veo en las Escrituras que Dios quiere saber sobre cada uno de nosotros

es: "¿Fuiste prójimo de tu prójimo?". ¿Tuviste un corazón transformado que te hizo buscar a alguien para salir del atolladero?

Espero y rezo para que te veas a ti mismo donde realmente estás. O estás en la zanja o ya la has estado. Si no eres cristiano, estás en la zanja ahora mismo y morirás allí a menos que dejes que Jesús te saque de ella. Ven en obediencia al evangelio, confiesa su nombre donde todos puedan oír y lava tus pecados con la sangre de Jesús, siendo sepultado con él mediante el bautismo en agua para resucitar a una nueva vida en Cristo. Tu pecado será completamente perdonado. Él te ha sacado de la zanja del pecado. También te ha encomendado que busques a otros moradores de la zanja. Mientras recuerdes dónde estabas, los estarás sacando a diestro y siniestro. Así, por cierto, es como crece el reino de Dios.

Amazing Grace #1275 Steve Flatt 4 de agosto de 1996